

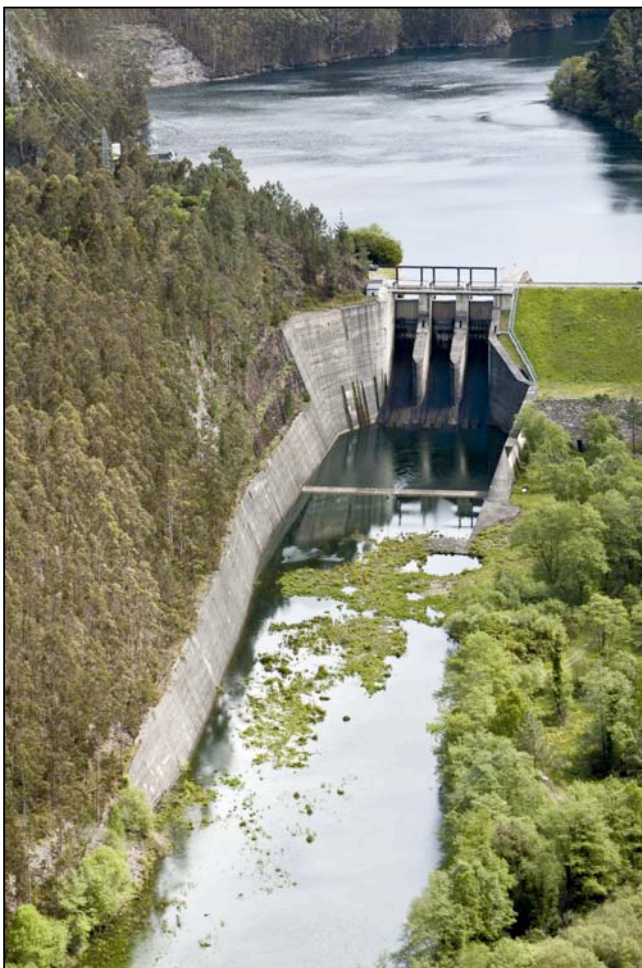
RIO NAVIA

Alberto de Juan

Y es allí en mitad de la soledad, con la que me recibes, donde fluyen mis pensamientos libres y tranquilos, con naturalidad, se inmiscuyen con el suave oleaje contra la orilla, y adoptan un ritmo pausado, una caricia constante que idea algo nuevo, o se recrea en un punto ya afablemente conocido. Para los profanos cuyo transcurrir diario se aleja de los confines del río, ir acercándose a su presencia genera un sinfín de aleteos emocionales, impacientes y nerviosos. Alejado por antonomasia de las grandes urbes, serpentea desde los confines gallegos desde su cuna en O Cebreiro, derramándose rápidamente en las tierras asturianas, atravesando el desierto poblacional más profundo de la geografía cantábrica.

Me impresiona especialmente su empecinamiento por conservarse detenido en el tiempo, lo han embalsado, han construido poblaciones a su ribera, pero cuando uno se deja seducir por su presencia percibe si cierra los ojos, a una mujer lavando la ropa a mano, una hoguera de unos hombres a caballo que deciden descansar por un rato mientras su montura calma la sed en la orilla, al indolente ciudadano romano con sandalia de cuero, inspeccionando el terreno con motivo de hallar el estrecho más apropiado para salvar el curso del agua.

Sombras y luz, dibujan un mosaico vital, que lo acompaña por su angosto valle, con esa capacidad especial para recibir azotes heladores, congelaciones pétreas de sus rincones, musgos atarecidos, señalando al norte, fin último del río. Castaños retorcidos sembrando frutos espinados, melancólicas



Embalse de Arbón (Javi Freitas)

vidueiras que lloran con adelanto cada otoño, orgullosas carbayeiras erigiéndose presumidas y enhiestas, y todo ello con profundo aroma de tierra propia, tierra nuestra, que se tiñe de fala, para contar sus historias:

Este nenin que teño no colo

E de un amor que se chama vitorio

Dios que mo deu levemo lougo

Por nun andar con vitorio no colo

Tinguilinduxa andaba na feira

con un reloj na faltriqueira

Tinguilinduxa na feira andaba

tiña oreyas y zarangoleaba.

Una lucha feroz por conocerlo; el ansioso salto de un adolescente desde gran altura en la cascada de Oneta; el pertinaz y paciente quehacer del pescador del Río del Oro; el esforzado penetrar en el agua de la pala del piragüista ya en la ría; el concienzudo cálculo de flujo acuático del ingeniero en la turbina de Arbón. Es también origen de sueños, nacidos mientras se ejecuta un disparo de una piedra plana con el fin de

obtener un salto repetido sobre su superficie, mientras la quietud embalsada reflejo el rostro propio, mientras el destello lunar se funde con su desembocadura en el mar, mientras el amanecer pausado recoge el rocío bien impregnado.

Una civilización de piedra y pizarra jalona tu descenso, baila la entrada y salida de las estaciones, vibra en trabajo diario, numerosos molinos aprovechan tu fuerza extrayendo la harina del grano, mazos que dominan el metal moldeándolo, huertas bajo tu lecho de regadío, apaciguador de la sed del ganado, hasta vides alimentas en los márgenes soleados.

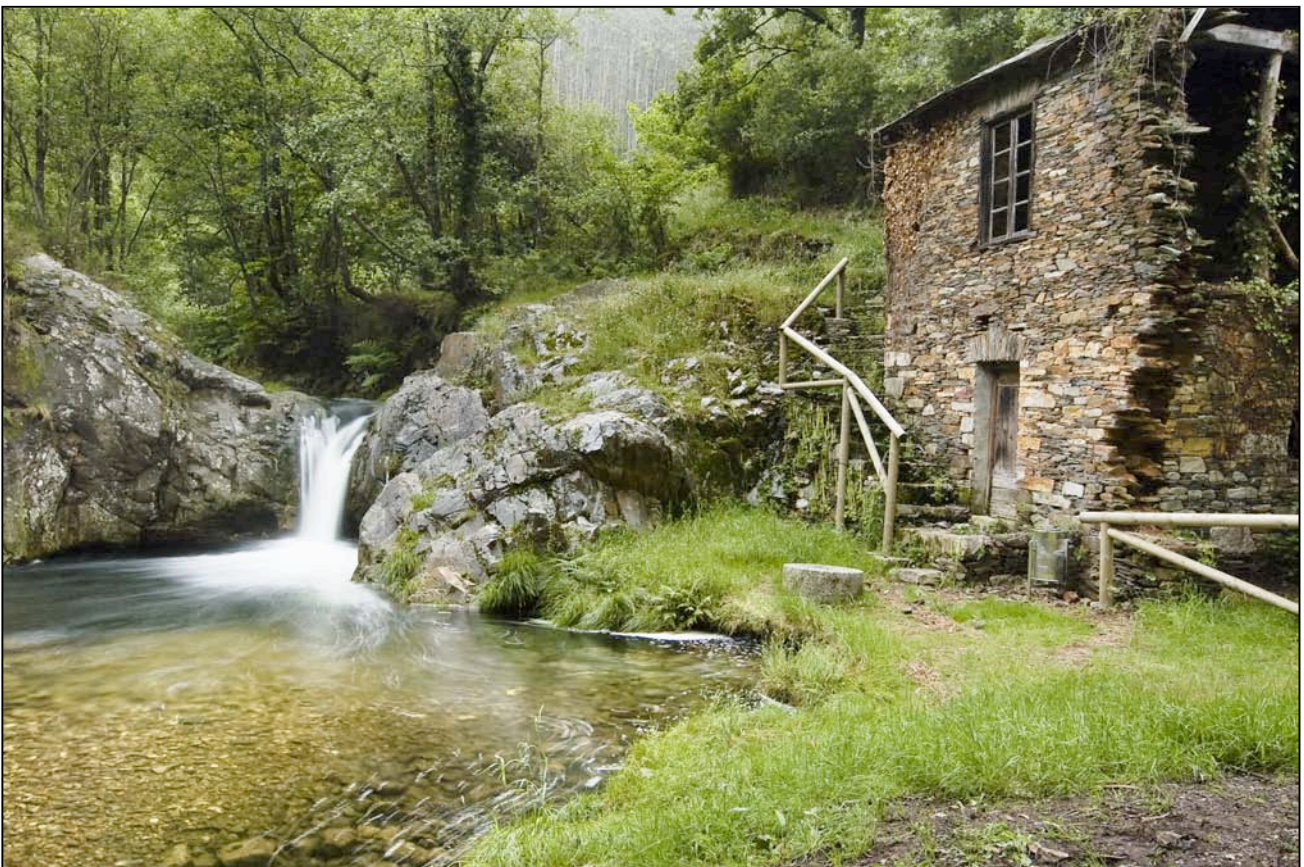
¿Cómo no llevarte dentro?

Mojado ser ancestral
viejo efluvio ligero,
tu musgosa carantoña
empuja y nutre sueños.
Púas, hartos y gargantas
te lisonjean altanero,
musgos y líquenes varios
hinchido estás de helechos.
Magnánimo se vierte en ti
el afluyente compañero,
y brotas raudo y veloz

hacia el mar, suave y tremendo,
los obstáculos no frenan
tu ira bajo el cemento.

¿Cómo no llevarte dentro?

Mojado ser ancestral,
viejo efluvio ligero.
Si tu esencia es mi ser,
Si mi casa es tu lecho,
El pañuelo de mis llantos,
para alegrías, espejo,
persistes fiel amigo
sonrío y lloro a un tiempo.



Pozo Mouro – Arbón (Javi Freitas)